

PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATOLICA DE CHILE
RECTORIA

PALABRAS DEL RECTOR, DR. PEDRO PABLO ROSSO R.,
CON MOTIVO DE LA VISITA A CHILE DEL CARDENAL ANGELO SODANO
E INAUGURACION DE LA ESTATUA DE JUAN PABLO II

Salón de Honor
Santiago, 26 de Septiembre de 2007

Señor Gran Canciller y Arzobispo de Santiago, Cardenal Francisco Javier Errázuriz,
Señor Cardenal Don Angelo Sodano, Secretario de Estado Emérito y Decano del Colegio de Cardenales,
Señor Nuncio Apostólico, Don Aldo Cavalli,
Autoridades universitarias,
Estimados miembros del Directorio de la Fundación Juan Pablo II,
Distinguidos invitados del cuerpo diplomático, del gobierno de la República, parlamentarios, de las Fuerzas Armadas y de Orden, del mundo académico y del ámbito empresarial,
Estimados benefactores y amigos de la Universidad,
Estimados miembros de nuestra familia universitaria,
Señoras y señores:

En representación de las autoridades y comunidad universitaria de la Pontificia Universidad Católica de Chile, quisiera darle a todos y a cada uno de ustedes una cordial bienvenida y agradecer vuestra presencia en este solemne acto académico.

Con especial afecto saludamos a nuestro invitado de honor, el Señor Cardenal Don Angelo Sodano, Secretario de Estado Emérito y Decano del Colegio de Cardenales, quien se encuentra nuevamente con nosotros después de una larga ausencia motivada por sus altas responsabilidades en la Santa Sede.

El Señor Cardenal no necesita presentaciones en nuestro país y tampoco en esta Universidad, de la cual es doctor *honoris causa*. Por lo mismo, mis palabras de bienvenida se limitarán a manifestarle nuestro agradecimiento por haber aceptado la invitación a acompañarnos en este día, en el que culmina un ciclo de actividades organizadas por la Universidad con motivo del vigésimo aniversario del viaje pastoral del Santo Padre Juan Pablo II a Chile.

Eran tiempos difíciles y de mucha incertidumbre para nuestra Patria, que buscaba avanzar hacia una nueva institucionalidad política y la plena vigencia del estado de derecho. Como Nuncio Apostólico, usted enfrentó situaciones muy complejas y delicadas, que supo asumir y resolver con gran valor y prudencia.

Sus virtudes en el ejercicio de la diplomacia también fueron puestas a prueba por las tensiones surgidas entre nuestro país y Argentina. Aún antes que se decretara la mediación papal de este diferendo, usted ya había realizado las primeras gestiones que aminoraban la gravedad del conflicto. Providencialmente, en esa misión le correspondió colaborar con una figura de tanto relieve y tan significativa para usted como el Cardenal Antonio Samoré, quien en 1978 le había conferido la ordenación episcopal en la Collegiata de San Secondo, en Asti, su tierra natal.

Llamado en 1988 a Roma por el Santo Padre, inicialmente para colaborar en el Consejo para los Asuntos Públicos, poco después fue nombrado Secretario de Estado. En ese cargo, trabajando

estrechamente con Juan Pablo II, de santa memoria, le correspondió acompañarlo en numerosas visitas pastorales, algunas de las cuales, se alzan como hitos históricos del último medio siglo.

Sin duda, nos resulta difícil imaginar la historia de la Iglesia y del mundo durante los últimos años sin pensar en el Papa Wojtyła y en su infatigable Secretario de Estado, enfrentando juntos tantos momentos de alegría y también de prueba.

La importancia de sus servicios a la Iglesia ha sido destacada tanto por Juan Pablo II como por el actual Pontífice, Benedicto XVI, quien se refirió a usted con las siguientes palabras: “En el momento en que deja [sus responsabilidades en la Secretaría de Estado], además de expresarle mi gratitud, también me hago intérprete de la de todos los que a lo largo de los años lo han conocido y han admirado la sensatez, la prudente sabiduría y el celo incansable con que, sin escatimar energías, ha cumplido su misión, buscando únicamente el bien supremo de la Iglesia”.

Nosotros, Señor Cardenal, hacemos nuestras estas palabras del Sumo Pontífice y le reiteramos la gran alegría que significa tenerlo con nosotros y poder escucharlo nuevamente.

Su presencia nos ayuda a revivir con especial emoción el día en el cual Juan Pablo II se reunió, en este mismo patio, que hoy lleva su nombre, con los constructores de la sociedad y con el mundo de la ciencia y de la cultura.

Usted estaba presente en esa hermosa mañana en la cual, después del mensaje del Santo Padre, el entonces Gran Canciller e inolvidable pastor, Cardenal Juan Francisco Fresno, anunció la puesta en marcha de la Fundación Juan Pablo II, creada para apoyar económicamente a jóvenes meritorios que deseaban cursar estudios superiores en ésta u otras universidades católicas. Por el riguroso proceso de selección y acompañamiento que la Fundación hace con cada uno de los jóvenes becados, esta iniciativa se ha transformado en un verdadero semillero de líderes católicos. La gran mayoría de ellos ha cursado estudios en nuestra Universidad y hoy se desempeñan exitosamente en diversos ámbitos, incluso algunos son parte de nuestro cuerpo académico.

El llamado del Cardenal Fresno a participar en la génesis de la Fundación encontró generosa acogida en un grupo de distinguidas personalidades. Su primer directorio fue integrado por Don Anacleto Angelini, Don Ricardo Claro, Don José Luis del Río, Don Jorge Garcés, Don Eduardo Guilisasti, Don Jorge Matetic, Don Eliodoro Matte, Don Gonzalo Vial, Don Hugo Yaconi y Don Jorge Yarur.

En este acto la Universidad Católica desea agradecer y reconocer públicamente la labor de la Fundación Juan Pablo II en la figura de sus ilustres fundadores y de las personas que han continuado en el Directorio de la Fundación el trabajo iniciado por ellos.

En este acto deseamos también inaugurar y bendecir un monumento con la efigie de Juan Pablo II. El Consejo Superior de la Universidad ha querido de esta manera perpetuar para nuestra comunidad universitaria el recuerdo de esa visita, la primera de un Sumo Pontífice a nuestros claustros, pero

sobre todo, desea mantener presente en las mentes y corazones de toda nuestra familia universitaria, la figura y el mensaje de este gran Pastor.

Juan Pablo II encomendó a las universidades católicas a testimoniar, en el corazón mismo de las culturas de nuestro tiempo, la necesidad esencial para el porvenir del hombre y de su dignidad, de cultivar la verdad sin exclusiones. Según el Santo Padre ésta es la mejor manera de servir, al mismo tiempo, a la dignidad del hombre y a la causa de la Iglesia, que tiene la íntima convicción de que la verdad es su aliada y que el saber y la razón son fieles servidores de la fe.

Durante su discurso del 3 de abril de 1987, el Santo Padre tuvo palabras de aliento para nuestra Universidad, exhortándola a realizar “un renovado esfuerzo de servicio al hombre y a la sociedad chilena, por amor a Dios, profundizando en aquella visión moral y espiritual de la persona con la que el Concilio Vaticano II -particularmente en la Constitución *Gaudium et spes*- ha querido dar respuesta no sólo a las esperanzas, sino también a las angustias y a los problemas del hombre moderno”.

Estos lineamientos constituyen hoy las coordenadas de nuestro desarrollo institucional, el cual se orienta a lograr el fortalecimiento de nuestra identidad católica, la renovación de nuestros programas de estudio, la promoción del espíritu comunitario, la ampliación de nuestra capacidad para investigar y un renovado compromiso de servicio a la sociedad chilena, buscando contribuir a su auténtico progreso.

Sin duda, con la ayuda de la Gracia, la fidelidad a ese magisterio es el mejor homenaje que podemos rendir a este gran Papa. Tal vez uno entre los más grandes de todos los siglos. Magno por su visión profética, magno por su carisma pastoral, magno por la capacidad de transmitir al mundo su amor infinito por nuestro Señor Jesucristo.

Muchas gracias.